

Revista Mexicana de Patología Clínica

Volumen **49**
Volume

Número **3**
Number

Julio-Septiembre **2002**
July-September

Artículo:




A propósito del absolutismo y la libertad.Editorial

Derechos reservados, Copyright © 2002:
Federación Mexicana de Patología Clínica, AC

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



www.Medigraphic.com

Editorial

A propósito del absolutismo y de la libertad

Arturo Manlio Terrés-Speziale*

* Coeditor.

A propósito del absolutismo, con gran pena debo confesar que en carne propia he sufrido los nefastos efectos de los dictadores, por lo que no comprendo la paciencia de quienes los soportan. Reconozco que en toda empresa humana debe haber un jefe supremo. Sin embargo, insisto en que existen diferencias entre el liderazgo participativo y el deseo de domesticar a los demás. Una tendencia inconfundible del dictador consiste en la convicción de que resulta necesario y es altamente conveniente imponer un código de conducta, que incluya desde la forma de vestir hasta la de peinar y comer, para regir de la misma manera a gente de principios y costumbres por completo diferentes. Se reconoce fácilmente al autócrata porque el mayor agravio que se le puede hacer es mostrar respeto por la libertad, por lo legítimo y por el criterio sincero de los demás, ya que la única especie que el dictador no alcanza a comprender es precisamente la de aquellos que expresan su opinión con sinceridad, cualesquiera puedan ser las consecuencias, sobre todo cuando a todas luces pueden resultarles desfavorables. Para el oligarca, tales individuos o son bobos o son traficantes que pretenden cobrar muy caro sus servicios.

Cuando un autócrata puede elegir entre realizar una bella acción o inducir al adversario a cometer una bajeza, prefiere el envilecimiento del enemigo. Si destruye a quienes le ponen obstáculos, los remordimientos no le preocupan, porque o no los siente, o se libera de ellos con facilidad. Quienes se sienten destinados a poseerlo todo en este mundo manifiestan una especie de celos al encontrar talentos superiores, aun cuando estos les sean sumisos. Conciliar el éxito sano en una

empresa con la honradez les parece imposible. Dueños del poder y por ende de los medios de información pueden llamar cobardes a los más valientes, mentirosos a los más veraces y venales a los más honrados, porque antes crean un ambiente propicio para evitar la contradicción. Son capaces en un solo acto de acabar con una vida dedicada a la verdad, al arte o a la ciencia, de violar el derecho de la gente y hasta las leyes y las reglas que ellos mismos crearon. De esta manera su principal actitud consiste en asustar a los justos y en sacar partido de los inmorales. El dictador tiende a conservar a sus secuaces en sus puestos, para establecer así una barrera a su propio poder. De esta manera se perpetúan los mediocres. Asombra comprobar que la mayor parte de los actos a favor de los dictadores proceden del miedo. Pero tengamos cuidado porque los valores morales una vez perdidos no se recuperan tan fácilmente, de manera que se corre el riesgo de perderlos por generaciones enteras.

Dejemos los reglamentos, planes y datos para el técnico que busca resultados negociables. El creador valioso necesita libertad y confianza, depositemos en él toda la responsabilidad de su trabajo, que el resultado compensará con creces nuestra libertad. Nuestra mayor aspiración debe ser que todos los humanos seamos distintos, recorriendo la más amplia escala concebible, con todos los escalones intermedios bien marcados, hasta el punto de que cualquiera pueda pasar inadvertido —la mejor suerte de todo individuo sensato es no llamar demasiado la atención— o al menos no sentirse estigmatizado. Si el estigma aparece es difícil de borrar. Y el individuo marcado por una comunidad con el

signo de excentricidad —considerada como extravagancia, como salto brusco en la escala de suaves diferencias normales— suele ser objeto de persecuciones, con frecuencia infames. La crítica nunca destruye, por malévola que sea, a la personalidad bien definida. Sin embargo, ¿cuánta gente no habrá sucumbido, como persona, a la injusta intriga de los envidiosos, los engreídos, los irresponsables y los resentidos? Tarde o temprano, no lo dudes, todos sufrimos persecuciones injustificables y actuamos hostigando a algunos de los que más debíamos de querer y apoyar, impulsados ahora por lo que “consideramos cabal”. En esta pugna de circuito cerrado, que mucho tiene de deporte, podría suponerse que perecerían los débiles, como sucede en todo

concurso de lucha; pero resulta al revés, y en el caso de los científicos suelen anularse las inteligencias más feroces por ser al mismo tiempo, y en forma inseparable, las más delicadas. Pelear a la brava por una postura científica de la que ante todo se deberían esperar satisfacciones espirituales no tiene sentido práctico. Sería como vender la dentadura para comprar comida. Por tales consideraciones, perseguir al científico es tarea tan poco honrosa como cazar perdices para venderlas. Desconfiemos —escribió el Dr. Isaac Costero en su libro *Crónica de una vocación científica*— del internista que fuma, del cirujano barbudo y desgredado, del científico que pone límites a los investigadores y del investigador que dice “es indudable”...